

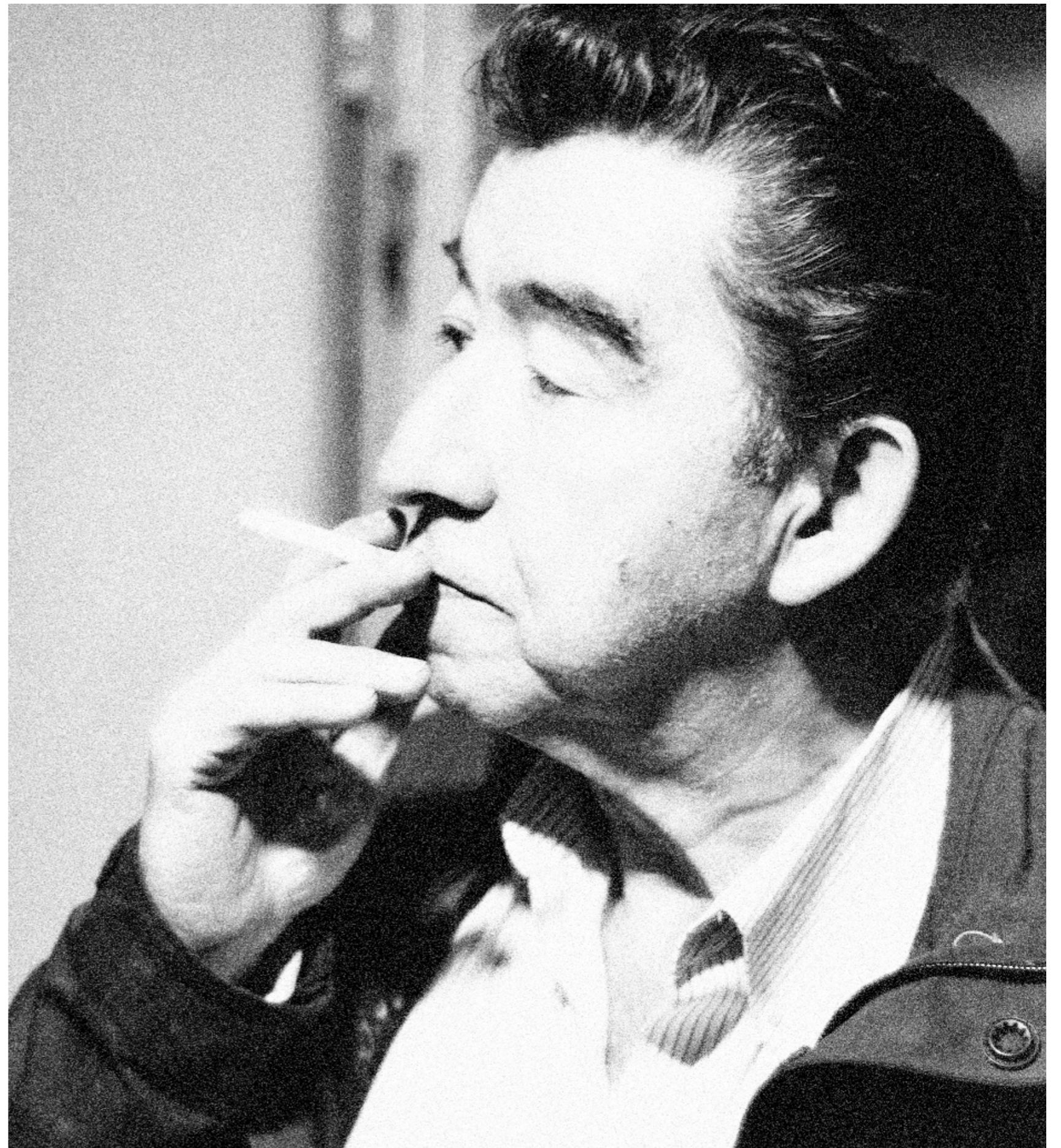
JAIRO PINILLA: EL INGENIO RÚSTICO DE UN ARTESANO DEL TERROR

por Juan José Osorio V.

DE MUERTE Y CINEFAGIA: EL INICIO DE UNA OBSESIÓN

Desde su infancia, cuando por vez primera vio un cadáver sobre la fría mesa de una morgue, Jairo Pinilla no pudo desprenderse nunca más de la imagen de la muerte, un cuerpo rígido, pálido y con rastros de sangre que contempló desde la distancia. El hombre que descansaba sobre la mesa era el difunto padre de uno de sus compañeros de escuela, y por extraño que suene, fueron las directivas del colegio quienes organizaron la masiva visita a la morgue para acompañar al niño en su duelo.

Junto a esta experiencia, en su cabeza también anida la primera visita que hizo a una sala de cine, donde pudo ver gigantes y caballos voladores en *El ladrón de Bagdad* (versión de 1940 dirigida por Ludwig Berger, Michael Powell y Tim Whelan). Su desconcierto fue tal que al terminar la función, el pequeño Jairo tuvo que mirar detrás del telón para entender cómo se creaban estas ilusiones. Aunque no pudo ver nada, algunos años después ya tenía la respuesta, y ahora era él quien hacía aparecer en la pantalla sus propias fantasías: muertos que salen de tumbas y ataúdes, científicos con inventos inverosímiles, viajeros e islas desconocidas, brujería, reencarnaciones y posesiones extraterrestres.



Hasta su juventud, el vínculo con el cine se centró en una obsesión *cinéfagi-ca* que lo llevaba diariamente a las salas de cine, y todas esas imágenes devoradas con fruición se sumaron a los temores que ya poblaban su cabeza. Así, este batiburrillo de imágenes únicamente podía ser exorcizado por el medio que amaba y surge su obstinación por convertirse en director de cine. Para 1971, la tozudez de Pinilla le permite dirigir *Cita con la época* (1971), un cortometraje no estrenado, pero esa misma porfía lo lleva a estrenar *Funeral siniestro* en 1977, su película más famosa y la que permitió que su nombre surgiera en el mapa cinematográfico de Colombia... aunque fuera para hablar mal.

LOS TÓPICOS DE PINILLA: LAS PINILLADAS

Y es que la mala fama de este director no se debe solamente a sus temas recurrentes, pues este sinfín de tópicos fantásticos tan sólo son una parte de su signatura cinematográfica, un pastiche visual en el cual se evidencian todas las artimañas empleadas para que sus presupuestos, siempre escasos, cubrieran las necesidades de las producciones. De esta forma, sus ingeniosos artificios, sus efectos especiales y sus estrategias de mercadeo, dieron pie para que un sector de la crítica especializada y del ámbito cinéfilo–intelectual, denominaran cualquier tipo de error chapucero bajo el eufemismo de *pinillada*.

Pero, ¿qué son las *pinilladas*? La obra de este personaje está repleta de maniobras torpes; algunas buscaban hacer de sus películas grandes producciones al estilo hollywoodense, otras tan solo economizar gastos. En la actuación, por ejemplo, siempre echó mano de actores no profesionales, lo que hizo que sus películas tuvieran problemas de sobreactuación. Pero reconociendo el problema de la mala actuación, Pinilla opta por una astuta solución: doblar todas sus películas usando actores de voces, pero esto se convierte en un inconveniente aún mayor, pues muchas veces las voces no sincronizaban con las gesticulaciones y otras tantas el tono de las voces no encajaban con las características físicas de los personajes.

Sin duda alguna las pifias de doblaje más evidentes están en *Triángulo de oro (la isla fantasma)* (1983), cuando los personajes asiáticos y de raza negra son doblados con una impostura que raya en lo risible y en lo ofensivo; pero más que una mala voluntad por parte del director, es su idealismo casi ingenuo lo que desencadena este desatino. Pero si algo podía ir más allá de un terrible doblaje de voces, era doblar las películas a otro idioma. Y sí, Jairo lo hizo con *Triángulo de oro (la isla fantasma)* y *Extraña regresión* (1985) como una fórmula para competir con las producciones extranjeras y para facilitar la distribución internacional. Pero este artilugio, sumado a la que puede considerarse la peor escena de acción producida en Colombia

–una lucha de artes marciales asincrónica, con ralenties y aceleraciones, con coreografías desastrosas y poco tino–, dio lugar a una parodia de su propia película, algo parecido a lo que hizo *Kung Pow! Enter the Fist* (Steve Oedekerk, 2002) con el cine de artes marciales de Hong Kong.

Pero tal vez la más llamativa de las *pinilladas* son sus efectos especiales – que algunos nombran como “defectos especiales”–, trabajos artesanales que él mismo desarrollaba con precariedad en el laboratorio, manipulando el revelado, o maniobrando la cinta durante el montaje, bien fuera poniendo de cabeza las acciones, retrocediéndolas o haciendo ralenties y aceleraciones; a esto se suman los rústicos trampantojos hechos con maquetas y con movimientos de cámara que dejan al desnudo la imaginación y la inocencia con la que Jairo Pinilla pretendía recrear las terroríficas elucubraciones que se gestaban en su mente.

Pero más allá de la endeble factura visual de sus películas, este hombre tuvo la perspicacia de marcar una diferencia tajante respecto a los demás cineastas en Colombia. Su estrategia fue enfocarse en el cine fantástico y haciendo del terror su caballo de batalla para entretener al público sin pretensiones artísticas y darle lo que reclamaba. Su apuesta por el género logró atraer un sector del mercado atendido exclusivamente por producciones extranjeras, y su rédito fue llenar salas y permanecer en cartelera durante casi cuatro meses con *Funeral siniestro*, su ópera prima, caracterizada por ser una historia sobria y precisa, con un desarrollo que lograba mantener en vilo al espectador, sumiéndolo en ambientes sonoros casi hipnóticos y aumentando progresivamente la tensión sólo para desatar en los instantes finales toda la furia y el horror hasta entonces contenidos. Esta estrategia y calidad se mantuvieron en *Área maldita* (1979) y en *27 horas con la muerte* (1981), pero para 1985 comenzó el ocaso del precursor del terror en Colombia.



EL OSTRACISMO CINEMATOGRAFICO Y LAS EXPLORACIONES

Sin importar su ingenio como guionista, director y mercaderista, no pudo evitar su eclipse; un final que según cuenta, fue consecuencia de la envidia y de los celos, un final que lo alejó de las salas de cine durante 20 años. Las dificultades para el director comenzaron con la financiación de *Triángulo de oro (la isla fantasma)*, para el cual obtuvo un crédito de Focine (Compañía de Fomento Cinematográfico). En tiempo récord, Jairo terminó la película en cuatro meses y, según cuenta, tenía una propuesta de la United Artist para distribuirla en el exterior, comenzando con un estreno simultáneo en Bogotá, Ciudad de Panamá y Caracas. Pero debido a dificultades con Focine, esta posibilidad se diluyó y las negociaciones con United Artist se cayeron.

Aún sin tocar fondo, ya estaba listo para estrenar *Extraña regresión* (1985), pero a causa de los problemas crediticios con Focine le embargaron algunas películas, los recursos económicos recaudados en taquilla y su equipo cinematográfico. Este fue el golpe definitivo que trunco la carrera del director.

A partir de 1985, desde su forzado exilio, este autor buscó nuevas vías para contar las historias espeluznantes que su inquieta mente seguía tejiendo, y de esta forma, desde finales de los ochenta, se abocó a los formatos no profesionales. Con este nuevo impulso quiso desarrollar un serial televisivo, *Área de Terror*, pero no encontró apoyo para desarrollarlo. De este esfuerzo queda como resultado *La silla satánica* (1990), un mediodiámetro que se usó para el tráiler y que se incluyó en la retrospectiva de Sitges 2013. Junto a este proyecto, quedan como vestigios de este periodo otras historias como *El monje sin cabeza*, *El brujo* y *La morgue*.

EL REGRESO DEL ENTUSIASTA

Hacia finales de los noventa, Jairo Pinilla había desaparecido por completo de la luz pública, pero su mito comenzó a tomar forma y fuerza. Con el paso del tiempo su trabajo se comenzó a valorar de una forma diferente, y como reconoce María Inés McCormick en la crónica *El regreso del muerto viviente*:

La estética de Jairo, otrora menospreciada y censurada, comenzaba a ser vista como una manifestación de arte popular. A la luz de esta nueva mirada Pinilla ya no era un realizador mediocre sino un director intuitivo sin pretensiones académicas que buscaba impresionar al espectador. En un medio donde todo el mundo imita a todo el mundo la obra de Jairo se daba el lujo de ser diferente y honesta. Jairo no lo sabía pero estaba a punto de convertirse en un director de culto... quizás el único que exista en Colombia.¹

Con la efervescencia del mito Pinilla, las nuevas generaciones lo tomaron como referente del terror; y ya para el año 2000 algunos jóvenes de una productora independiente lo trataban de ubicar para que fuera su asesor en un proyecto que estaban desarrollando, y de esta forma traerlo de regreso al mundo del cine viviente. El resultado de esta unión entre dos generaciones fue *Posesión Extraterrestre*, la primera incursión de este director en el formato digital. Este cortometraje fue un ejercicio que recopiló los elementos que caracterizaron la obra de Jairo Pinilla, así el guion –escrito en tan solo dos días– tenía como premisas la inclusión de secuencias de persecución y de sexo, sonido doblado y una escena en inglés; además de contar con efectos especiales, extraterrestres y sangre.

El resultado final fue una acumulación de *pinilladas*, casi una obra monumental llena de nostalgia y que apiló todos estos elementos en poco más de 30 minutos. La premier de esta película se realizó el 31 de octubre de 2000 en Bogotá, abarrotando de nuevo un estreno de este autor con más de 300 espectadores; Jairo estaba de regreso y la tecnología digital le daba una segunda vida y la posibilidad de que sus películas de bajo presupuesto resurgieran. Y así fue que después de 20 años de ausencia el director ya estaba listo para trabajar en su próximo filme, *Por qué lloran las campanas* (2005), y finalmente abandonar su ostracismo cinematográfico.

Y aunque el esperado retorno a la pantalla grande pasó con más pena que gloria, sus esfuerzos por hacer cine dejaron huella porque este filme se convirtió en la primera producción colombiana que fue completamente realizada y distribuida en sistema digital... Como no podía ser de otra forma, la perspicacia y la recursividad de Pinilla fueron las herramientas que le permitieron dar este gran paso hacia la era digital: una producción de bajo presupuesto, grabada en formato DV y distribuida en DVD.

Pero a pesar de los reveses, este peculiar autor no deja de ser un ejemplo de entusiasmo, ingenio y empeño a la hora de hacer cine, y así como las nuevas generaciones lo han buscado para desarrollar nuevos proyectos, Jairo no para de dar lecciones –o de hacer *pinilladas*–, y tal vez su más grande legado para el cine colombiano fue demostrar que para hacer películas no se necesitan grandes presupuestos, tan solo hace falta determinación y una buena idea. Así, con esa mente creativa e ingenua aún intacta, el soñador Pinilla ya trabaja en su siguiente proyecto, *La sombra de la muerte*, una película con la cual aspira a ser el primer director colombiano en hacer una película no animada en 3D. Su único problema, por ahora, es que no cuenta con el presupuesto necesario para hacerla... Pero ya sabemos que esto no es una barrera para este director, así que por el momento es necesario aguardar para saber con qué *pinillada* saldrá de este impasse.

¹ McCormick, M. I. (2005). *El regreso del muerto viviente*. Recuperado en octubre 28, 2013 de <http://www.semana.com/on-line/articulo/el-regreso-del-muerto-viviente/71085-3>